

DEBATES01

MATERIALES DE OPINIÓN Y ANÁLISIS CRÍTICO * FUNDACIÓN CANARIA LA COLECTIVA

TOMAR PARTIDO: CAMBIO DE ÉPOCA Y NUEVOS TIEMPOS DIFÍCILES

ROBERTO RODRÍGUEZ GUERRA*



Los resultados de las elecciones andaluzas han generado un auténtico terremoto político. De hecho están dando lugar a no pocas reflexiones en torno a algunos fenómenos sociopolíticos relativamente recientes y, especialmente, sobre la aparición de la ultraderecha como fuerza política en Occidente y en el Estado español. Sin embargo, creo que tal fenómeno debe insertarse

en el marco de algunos cambios económicos, sociales y políticos de largo alcance acontecidos en las últimas décadas. Quizá esto nos ayude a continuar el debate y explicar mejor lo que está ocurriendo, así como a vislumbrar algunas propuestas de futuro al respecto.

* Profesor Titular de Filosofía Política de la Universidad de La Laguna y miembro de La Colectiva-Fundación Canaria de Pensamiento Crítico.

Un doble movimiento de signo contradictorio.

Estamos ante una nueva coyuntura socio-política, ante un «cambio de época»⁽¹⁾, que por mi parte caracterizaría como un momento histórico complejo y cambiante que nos está deparando «sorpresas y retos enormes»⁽²⁾. Un momento «en el que todo parece suceder más rápido y con mayor intensidad» y en el que «la convivencia de viejas estructuras con nuevas tendencias pujantes provoca cierta ansiedad intelectual»⁽³⁾. De hecho, **nuestro presente se asemeja a «un nuevo interregno»** (Gramsci) en el que son perceptibles fenómenos y tendencias que abren la puerta a un conflictivo ciclo político marcado por los efectos de **un doble movimiento de fondo con consecuencias económicas, políticas, ideológicas y culturales contrapuestas**. No obstante, quisiera sugerir que el origen de tales tendencias reside en el progresivo descontento con (y fracaso de) la hegemonía neoliberal⁽⁴⁾ y, en nuestro contexto, con la Europa de

Estos movimientos generaron una nueva expresión del cuestionamiento de las formas tradicionales y elitistas de representación política: elecciones, partidos, parlamentos...

los financieros.

Sin duda, un primer movimiento y expresión de ese descontento, cuyo origen cabe situar hacia finales del siglo XX, alcanzó su máxima expresión con los movimientos altermundistas, «el giro a la izquierda» en Latinoamérica y, ya en los países del capitalismo avanzado, con los movimientos de personas indignadas (la Primavera Árabe, el 15M, *Occupy Wall Street*,...) que emergen a raíz de la crisis de 2008. **En la primera década del siglo XXI vimos emerger un potente ciclo de protestas** que ponían en cuestión las bases socio-económicas del proyecto neoliberal que había comenzado a consolidarse a finales de los años 70 del siglo XX, y que también erosionaron severamente sus fundamentos político-institucionales. Todo ello se tradujo, por una parte, en la crítica de los procesos de precarización de la vida y de vaciamiento de cualquier contenido sustantivo de las democracias liberales, así como en un radical rechazo del autoritario austericidio neoliberal y la globalización; por otra parte, en un notorio alejamiento de los procedimientos y cauces habituales de participación política; y, por último, en un intenso retorno de la vida pública y la preocupación ciudadana por los asuntos comunes. Estos movimientos generaron una nueva expresión del cuestionamiento de las formas tradicionales y elitistas de representación política (elecciones, partidos, parlamentos,...), la apuesta por otras concepciones y prácticas de la política y, por último y parafraseando a Ulrich Beck⁽⁵⁾, el «renacimiento no institucional de lo político» alentado por el hecho de que la ciudadanía «regresa a la sociedad» o, en otros términos, a la política en el espacio de lo social⁽⁶⁾.

El segundo momento de ese descontento –de plena actualidad, de signo abiertamente opuesto y cuyo origen quizá podamos situar a partir de la consolidación en Francia del Frente Nacional dirigido por Marine Le Pen (2012)- ha sido **el retorno a «un nacionalismo egoísta»** (Jürgen Habermas) y el rechazo al propio proyecto de la

globalización económica y cultural defendido hasta entonces con gran entusiasmo por el neoliberalismo. A ello se ha sumado el ascenso del fascismo social y la aparición de la ultraderecha como fuerza política relevante en la Europa Occidental (aunque también, obviamente, en Europa del Este y en Estados Unidos). Se trata de una tendencia que pone igualmente en cuestión las formas habituales de participación y representación política pero abogando por soluciones autoritarias, que está alentada por «la nueva internacional populista de extrema derecha»⁽⁷⁾ y por movimientos sociales «contrahegemónicos de carácter regresivo-autoritario»⁽⁸⁾, mostrando así que «la subpolítica no solo está abierta a un bando» pues la oportunidad de llenar el vacío dejado por los cauces tradicionales de representación y participación política «siempre puede ser aprovechada y usada por el lado opuesto,..., con objetivos opuestos»⁽⁹⁾.

Así pues, **ambos movimientos comparten el distanciamiento, la crítica y la puesta en cuestión de la hegemonía neoliberal y de las formas tradicionales de representación política.** Sin embargo, mientras el primero de ellos afectó fundamentalmente a la izquierda, el segundo perturba a la derecha. Podría decirse así que una de las tendencias más relevantes de nuestro presente es que, desde espacios y perspectivas abiertamente contradictorias, se cuestionan tanto los fundamentos socio-económicos y



político-culturales de la izquierda y de la derecha sistémicas como sus programas y proyectos políticos. Y es esta situación la que permite afirmar que estamos ante un momento histórico en que comienza a cobrar alguna realidad el hecho –como diría Gramsci- de que «las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales [y] no creen ya en lo que antes creían»⁽¹⁰⁾, esto es, estamos ante la crisis tanto de las formas convencionales de representación y participación política cuanto de los modelos ideopolíticos tradicionales.

Del triunfo, la hegemonía y la crisis del neoliberal-conservadurismo.

Respecto del paradigma neoliberal, que desde finales de los años 70 del pasado siglo había venido rigiendo nuestros destinos, cabe destacar que en verdad nunca fue un

neoliberalismo *stricto sensu*⁽¹¹⁾, pues lo que hemos soportado desde entonces ha sido, por una parte, una suerte de especial mescolanza entre neoliberalismo económico (desregulación, privatización, ...) y conservadurismo ideológico (restricción de derechos y libertades civiles y políticas, defensa de la familia tradicional, recuperación del papel de las religiones y, sobre todo, de las Iglesias,...) y, por otra, un neoliberalismo económico que se ha sustentado –pese a que se niega a reconocerlo- sobre una intensa intervención del Estado orientada por un descarado programa de remercantilización de gran parte de los ámbitos de la vida (trabajo, educación,...), de promoción



Asistimos a una “banalización de la democracia” que se está traduciendo en fenómenos altamente preocupantes

de la competencia y de apoyo y reestructuración constante del lado de la oferta⁽¹²⁾.

El triunfo del neoliberalismo puede situarse sin duda en los años siguientes a la crisis económica de 1973. Se tradujo en la ruptura y abandono del modelo de Estados de Bienestar keynesianos, así como en el auge de las políticas de re-regulación, privatización y mercantilización de las tareas y obligaciones que hasta entonces habían sido adjudicadas al Estado. Por su parte, la hegemonía de esas políticas podría remontarse a los primeros años de la década de 1990, año en que se empiezan a imponer a nivel global –vía «recomendaciones» de las grandes instituciones financieras y económicas internacionales (FMI, BM, OCDE...) y de la teoría económica *mainstream*- las tesis del Consenso de Washington⁽¹³⁾ (que a su vez sintetizan las políticas que esos organismos internacionales comenzaron a imponer a Latinoamérica desde finales de los años 70 del siglo XX) como guía para las contrarreformas económicas y políticas. En Europa, el Tratado de Maastricht (1992) puede ser considerado como el acuerdo que entroniza la hegemonía neoliberal en la construcción de la UE, al cual –por similitud con aquel- podría denominársele también como «el Consenso de Maastricht».

Pero, como apunté anteriormente, esa hegemonía comienza a resquebrajarse en el cambio de siglo y, de modo especial, a partir de la crisis económica de 2008. En estos

años es claramente perceptible la intensificación de los rasgos postfordistas del modo de producción y de las relaciones sociales del capitalismo tardío⁽¹⁴⁾. Pero los rasgos más visibles de la crisis de la hegemonía neoliberal quizá los encontremos no solo en el ya ampliamente reconocido fracaso del neoliberalismo y las políticas autoritarias austerizadas para generar crecimiento económico y para redistribuir la renta y la riqueza⁽¹⁵⁾. También los encontramos, de una parte, en aquel retorno a un cierto neo-proteccionismo⁽¹⁶⁾ y un distanciamiento de las instituciones «globales» que representa un intento de fijar como prioridad de los diferentes Estados lo que en cada momento consideren el «interés nacional» (el *America First* de Donald Trump es paradigmático) y, de otra, un giro ideológico por el cual aquel neoliberalismo se aproxima además a diferentes expresiones del fascismo social⁽¹⁷⁾ y muestra ciertas connivencias con la ultraderecha política⁽¹⁸⁾. Con todo, ya sabemos que estas tendencias en modo alguno cuestionan seriamente el sistema económico capitalista vigente, pues sólo trata de defenderlo a ultranza si bien resituando las capacidades decisorias en los respectivos espacios territoriales para así desarrollar luego la lucha y competencia a nivel internacional bajo el apoyo y la protección selectiva del Estado propio. **Lo que en realidad cuestionan es la democracia establecida y las bases sociales y políticas del propio Estado social de derecho** para promover modelos autoritarios de gobierno. Y de todo ello se desprende sin duda que los movimientos y grupos sociopolíticos de acción colectiva tendrán en adelante viejos y nuevos retos de especial trascendencia, como ocurre con los movimientos contra la desposesión de derechos económicos, sociales y políticos de las clases trabajadoras, condensada en las políticas de austeridad⁽¹⁹⁾, así como con aquellos que se enfrentan al ascenso del fascismo social y la ultraderecha política y su retorno al sexismo, el racismo, la xenofobia, etc.

Algunas consecuencias políticas de estos dos movimientos.

Las consecuencias políticas de estas dos tendencias y movimientos han sido más que significativas. Podrían mencionarse aquí **la renovada actualidad de las clásicas y las recientes reflexiones acerca de la crisis de los partidos políticos** (burocratización, elitismo, desideologización, pérdida de militantes y distanciamiento de los que quedan de las «obligaciones» de la militancia, alejamiento de los votantes y de los partidos de los alineamientos ideológicos tradicionales, crecimiento de la volatilidad electoral,...). Pero más relevante aún es que estos movimientos desvelaban que **«la era de la democracia de partidos ha pasado»**, pero no porque los partidos hayan desaparecido –pues sin duda su presencia entre nosotros es más que evidente– sino más bien porque «se han desconectado hasta tal punto de la sociedad en general y están tan empeñados en una clase de competición que es tan carente de significado que ya no son capaces de ser el soporte de la democracia en su forma presente». Creo que es por esto por lo que asistimos a una «banalización de la democracia» (Mair) que se está traduciendo en fenómenos altamente preocupantes. Entre ellos destacaría los siguientes:

a) el auge de nuevos modelos de gobernanza que presuponen «la creciente aceptabilidad y legitimación de formas no políticas o despolitizadas de toma de decisiones», lo cual implica que la toma de decisiones políticas ya no responde a la competencia entre partidos y sus respectivas posiciones sino, más bien, a la presión que ejercen (y el poder que ostentan) los «poderes salvajes», es decir, élites económicas y políticas no sometidas a procesos de legitimación democrática, a elección ciudadana o a rendición de cuentas;

b) «la retirada ciudadana de la participación activa y el desinterés por la vida política convencional»⁽²⁰⁾, si bien esta retirada de la vida política convencional, por un lado, no significa una total retirada de la política sino, más bien, que «los individuos retornan a la sociedad» y apuestan por la «subpolítica» y, por otro, que la «subpolítica» está abierta a ambos bandos, esto es, que -como decíamos más arriba- la oportunidad de llenar el vacío dejado por el hastío con los proyectos políticos y los cauces institucionales de representación y participación política puede ser llenada no solo por la izquierda y los movimientos sociales alternativos (cosa que ocurrió con el 15M) sino también por los movimientos sociales contrahegemónicos de carácter regresivo-autoritario (como está ocurriendo en la actualidad); y

c) la aparición de nuevos populismos de ultraderecha que -explotando las tensiones generadas por la globalización neoliberal, la inmigración, la politización de las identidades culturales, la precarización de la vida, la inseguridad económica, las tensiones territoriales o incluso la crisis de las instituciones fundamentales del Estado- implican la emergencia social y la creciente fuerza política de nuevas formas de autoritarismo.

Parece pues que el fracaso del proyecto neoliberal, la incapacidad de los partidos y las opciones políticas tradicionales para ofrecer respuestas efectivas a los graves problemas sociales, el descrédito del proyecto europeo y las consecuencias de las políticas



de austeridad, entre otras razones más coyunturales, **han sido (y son) el caldo de cultivo del que surgen –con apoyo en amplios sectores de muy diversa extracción social y de potentes medios de comunicación de masas- opciones tipo Trump, Bolsonaro, Salvini o, por lo que nos toca, Vox.**

Por otra parte, estos movimientos y tendencias ideopolíticas también han causado la ruptura del bipartidismo, el consiguiente crecimiento del pluralismo y la fragmentación política, la práctica ausencia de partidos hegemónicos tanto en el espacio de la derecha como en el de la izquierda, la situación de «empate técnico» entre (y en el interior de) uno y otro espacio ideopolítico o, en fin, la renovada importancia estratégica tanto de las opciones nacionalistas tradicionales (y de diferente signo ideológico) como de la ultraderecha. **La cuestión no es, por tanto y al menos por el momento, que haya cambiado sustancialmente la correlación de fuerzas entre la izquierda y la derecha. Es, más bien, que -de modo sumamente rápido- la una y la otra se han diversificado y fragmentado.** Pero conviene retener igualmente que -como acontece en el Estado español- esto supone el paso de un sistema de partidos tendencialmente bipartidista a otro plenamente pluripartidista y ocurre, además, en un contexto de enorme descrédito de buena parte de las instituciones y órganos fundamentales del Estado. Desde luego, esto último es más que obvio en cuanto se refiere al poder judicial⁽²¹⁾, a la notable erosión de la monarquía, a la persistencia del problema nacional o del modelo de Estado, etc.⁽²²⁾

Todo parece indicar que **estamos ante una crisis de largo plazo** -que acaso haya llegado para quedarse- en la que son notorios los enormes problemas sociales y económicos generados por el neoliberalismo. Pero también las demandas de –cuando menos- una reforma sustancial de la composición y funcionamiento de las instituciones y órganos fundamentales del Estado, así como del papel de los partidos políticos y de la sociedad civil (lo social) en la vida política. El sentido en que tal reforma se lleve a cabo está abierto y dependerá sin duda de la evolución de algunas de estas tendencias, así como del papel que en tal proceso desempeñen los diversos actores políticos y sociales. Y **la reacción de la ciudadanía, de los partidos de izquierda y de los movimientos sociales alternativos será fundamental a este respecto.**

Crisis de (y cambios en) las tradiciones ideopolíticas al uso.

Pero –como sugería más arriba- estos movimientos y tendencias nos sitúan ante alguna que otra «novedad» relacionada con la crisis de las tradiciones ideológicas al uso. No se trata, ni mucho menos, de una nueva versión del tan engañoso como irreal «fin de las ideologías» (sea en la versión de D. Bell, de F. Fukuyama o de G. Sartori). Lo novedoso es que –al menos en el actual contexto- esa crisis afecta tanto a la socialdemocracia y a la izquierda (de la cual ya tenemos literatura más que abundante) cuanto al neoliberalismo y a la derecha tradicional. Dicho de otro modo, si lo que se escondía tras aquellas versiones del fin de las ideologías no era otra cosa que una apología del triunfo del liberalismo económico y político, **lo «novedoso» de la presente crisis es que también afecta, fundamentalmente y en diversos sentidos, al propio neoliberalismo político y económico.**

Me detendré por un momento en estas cuestiones, pues permite aventurar algunas hipótesis para el debate, al tiempo que vislumbrar otros posibles rasgos específicos del presente.

Cabe señalar en principio que en este contexto mientras, por un lado, en la izquierda las opciones radicales hace ya tiempo que han quedado reducidas a una mínima expresión frente al empuje de las opciones reformistas/posibilistas (socialdemócratas), por otro lado, en la derecha pierden peso sus expresiones conservadoras y lo ganan fuerzas radicales de ultraderecha. Así, una primera dimensión de esta «novedad» radica en que **estamos ante un evidente desplazamiento hacia la derecha del debate ideológico y de los proyectos políticos**. En realidad, con respecto a épocas pasadas, es obvio que hoy asistimos tanto a una moderación de los discursos de la izquierda



como a una radicalización de los discursos de la derecha. Y ello permite afirmar que, a día de hoy, la derecha es la verdadera fuerza «antisistema».

Una segunda dimensión de esta «novedad» es que actualmente es más que visible **la encarnizada lucha que por el espacio ideopolítico de la derecha libran hoy las fuerzas conservadoras** (en el Estado español es más que palpable la lucha entre Ciudadanos y el PP, con Vox en ascenso y marcando la pauta ideológica), lo cual está conduciendo a una redefinición/modificación de los perfiles ideológicos y del proyecto político de la derecha conservadora a través de no pocos coqueteos con el discurso y las propuestas políticas de la ultraderecha. Pero, en el otro polo, **es igualmente visible la lucha entre (y en) la izquierda por preservar y acercarse al electorado progresista**, manteniendo ambos –con serias dificultades para reformularlo e implementarlo prácticamente- al Estado de bienestar keynesiano y la democracia representativa como una suerte de horizonte prácticamente inevitable. Lo relevante en este último caso es que con ello se sustancia la renuncia a un proyecto político alternativo diferenciado, a una reforma sustantiva del marco socio-económico y político establecido o, incluso, a un cambio profundo de los procesos corporativos de concertación de intereses y de la estructura y modo de funcionamiento de los partidos políticos. Tanto es así que,

como señala Habermas para el caso europeo, podría decirse que «los socialdemócratas ya no se atreven a emprender el control sistemático del capitalismo justo en el nivel en el que los mercados se desmandan» y, como consecuencia de ello, que «nadie sabe ya para qué son necesarios»⁽²³⁾.

El precio de este doble proceso –es necesario destacarlo– es un cierto giro del péndulo en la batalla ideológica, un giro por el cual estamos ante **un desdibujamiento de los discursos de la izquierda y, por el contrario, una radicalización de los discursos de la derecha.**

Inestabilidad y polarización ideopolítica.

Así las cosas, pese a las esperanzas auspiciadas por los triunfos de gobiernos de izquierda en Latinoamérica (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina, Brasil, Nicaragua) y por la emergencia de los movimientos de personas indignadas (15M, *Occupy Wall Street*, *La France Insoumise*,...), lo cierto es que casi dos décadas después del “giro a la izquierda” latinoamericano y de una década tras aquel alentador ciclo de protestas en el «centro» del capitalismo –que ha tenido una importante continuidad a través de diversos movimientos sociales y redes de ciudadanía crítica (feministas, pensionistas, LGTBI, ecologistas,...)– **el panorama se ha tornado un tanto más incierto y sombrío.** No sólo por la evidente actualidad de los fenómenos «morbosos» antes comentados

Es más que visible la encarnizada lucha que por el espacio ideológico de la derecha libran hoy las fuerzas conservadoras, que conduce a una redefinición de los perfiles ideológicos y del proyecto político a través de no pocos coqueteos con el discurso y las propuestas políticas de la ultraderecha

sino también porque la vieja y la nueva izquierda han generado algunos desencantos políticos y organizativos que han reducido en buena medida aquellas expectativas. En todo caso, si tuviese que caracterizar el momento presente de alguna manera me atrevería a indicar que **todo apunta hacia un momento de «relativa inestabilidad» de la vida política y el sistema político.** De «inestabilidad» porque todos los fenómenos anteriormente señalados apuntan a un tiempo complejo en que asistimos a una crisis sistémica (como lo muestran los enormes y crecientes problemas socioeconómicos relacionados con la pobreza, la desigualdad, la precarización de la vida y el trabajo,...) y a una deslegitimación de las instituciones fundamentales del Estado de difícil solución. De hecho, no falta quien hace ya tiempo hablase de «crisis en el manejo de la crisis» (C. Offe) o, más aún, de que tampoco cabe descartar la posibilidad de una quiebra estructural del sistema y la sociedad capitalistas⁽²⁴⁾.

De inestabilidad «relativa» porque si bien es cierto que perduran las vías institucionalizadas de participación (elecciones, partidos, parlamentos, ejecutivos), también lo es,



por un lado, que persisten los movimientos de indignación ciudadana y el municipalismo popular como espacios amables de acción colectiva y de participación política y, por otro, que cada vez cobran mayor presencia los movimientos regresivo-autoritarios, así como porque –sobre todo en el espacio de la derecha- **es perceptible una cruda polarización política e ideológica** cuya finalidad es no solo descalificar burdamente al otro (la izquierda) y preservar el internamente disputado espacio electoral de la derecha. Es también anular toda posibilidad de avance social y democrático e, incluso, cuestionar algunos de los fundamentos del Estado social democrático de derecho. Así, como sugiere Habermas para el caso de la Unión Europea, «si persiste el distanciamiento económico de los miembros de la eurozona y el fortalecimiento del populismo de extrema derecha, nos encontraremos en una trampa que podrá erosionar todavía más las condiciones sociales y culturales para la existencia de una democracia vital y segura»⁽²⁵⁾.

A modo de ideas para el debate y para el contexto español, es probable que esta compleja situación abra **un nuevo ciclo político-institucional en el que podrán coexistir** (y habrá que resolver) situaciones como las siguientes:

1.- Una **consolidación del pluripartidismo y el retorno del eje izquierda-derecha** como polos del debate ideológico, aunque es muy probable que esto último aparecerá bajo nuevos debates que supondrán un cierto decaimiento de aquella artificiosa «lucha por el centro» político-electoral que durante tantos años caracterizó a los partidos atrapa-lo-todo y a la política electoral española, y su sustitución por el enfrentamiento en torno a la cuestión territorial, el modelo energético, la inmigración, los derechos de la mujer y LGTBI, la cuestión europea,...;

2.- Una marcada **debilidad parlamentaria de las opciones estatalistas** (tanto de la

derecha como de la izquierda), pues todo apunta a que –salvo vuelcos electorales como el andaluz– ninguno de los dos espacios tendrá mayoría absoluta. Es más, es bastante probable que, sobre todo en el interior del espacio de la derecha, no exista una mayoría simple holgada;

3.- El **renovado papel decisivo de las fuerzas nacionalistas (de uno y otro signo) y de la ultraderecha** a la hora de resolver –en caso de darse– el «empate técnico» entre la derecha tradicional y la izquierda estatistas. En este caso, también será decisivo resolver tres incógnitas de suma relevancia: a) el alcance definitivo del ascenso de la ultraderecha política; b) si la derecha conservadora seguirá «blanqueando» a la ultraderecha para gobernar con ella; y c) si las izquierdas (autoproclamadas o no) optarán por aliarse con la derecha conservadora para articular –aquí o acullá– pactos de gobierno;

4.- Sea como sea, parece claro que asistiremos a una **dura disputa por (y en) en el espacio electoral de la derecha** (lo cual generará el recrudecimiento de los discursos racista, xenófobos, sexistas, antiglobalistas, euroescépticos,...) **y en el espacio de la izquierda** (en este caso por mantener y conquistar el electorado progresista para sus diversas opciones);

5.- En este contexto es previsible una **situación de bipolarización ideopolítica (izquierda/derecha) y multipartidismo (diversos partidos dentro de cada espacio)** en la que serán necesarios gobiernos de coalición de uno u otro signo, lo cual podría conducir a una congelación provisional de las siempre latentes opciones gubernamentales de «gran coalición»;

6.- La creciente **dependencia de minorías con capacidad de bloqueo**, la acentuación de la debilidad del poder legislativo frente al ejecutivo, la acentuación de las tendencias presidencialistas y, en fin, el recurso del «gobierno por Decreto»; y, finalmente,

7.- La constante necesidad de debatir seriamente sobre el presente y futuro de la democracia y la izquierda en Europa, en España y en Canarias.

Creo, sin embargo, que el problema fundamental sigue siendo que **“las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, [y que] no creen ya en lo que antes creían»**. Es más, las tendencias recientes muestran que cada vez cobran mayor presencia las soluciones supuestamente salvíficas, abiertamente autoritarias y anti-sociales. De este modo, el trasfondo y las posibles respuestas a esta situación obligan, entre otras cuestiones, a una reflexión previa y en profundidad sobre los proyectos socioeconómicos, ideológicos y organizativos de la izquierda, sobre las respuestas que la izquierda puede y debe dar aquí y ahora a estos fenómenos⁽²⁶⁾ y, en especial, a **una revisión de las relaciones entre la izquierda parlamentaria y la izquierda social**. De hecho, esto es lo que hace unos años sugería Geoff Eley cuando, tras constatar la evidente disociación que, a propósito de la guerra de Iraq, se había producido entre los partidos socialistas parlamentarios y los movimientos sociales, concluía sosteniendo que «sigue sin estar claro cómo en el futuro previsible puede tenderse un puente sobre este abismo» que se ha generado entre los partidos socialistas (y de izquierda en general) y los movimientos sociales y la ciudadanía⁽²⁷⁾. Pero este es, sin duda, otro debate que habremos de dejar para otro momento.

Y ¿mientras tanto? Tomar partido e involucrarse.

No quisiera terminar estas líneas sin señalar que es probable que las tendencias y consecuencias comentadas se confirmen en un futuro próximo. Unas son sin duda alentadoras (fin del bipartidismo, pluralismo político...). Otras, ¡quizá las más!, son abiertamente preocupantes (racismo, xenofobia, autoritarismo...) y generan no pocos desasosiegos e incertidumbres. Pero en ningún caso deberían llevarnos a alentar un decaimiento de la vida pública y la participación ciudadana. Es más, creo que en el cada vez más incierto contexto actual y ante el avance del fascismo social y la ultraderecha política, deberíamos apostar por un **«involucramiento crítico» tanto en el espacio socio-político como en el espacio político-institucional**. Ya sabemos de la complejidad de las sociedades en que vivimos. Sabemos también que –al menos por el momento– el Estado y la regulación político-democrática del proceso económico y social es imprescindible. Es cierto que la profunda crisis que afecta a las instituciones fundamentales de la democracia liberal representativa ha generado muchos problemas, manifestaciones de desafección democrática y descontento social. También lo es que la ciudadanía percibe con toda claridad que las promesas electorales no se cumplen, que sus necesidades, demandas y peticiones suelen quedar desdibujadas en el marasmo de los debates parlamentarios. Estamos, en fin, al tanto de que los partidos políticos suelen padecer de sordera, burocratización y elitismo.

Es posible que no pocas personas se sientan tentadas de optar por «el retorno a la vida privada», bien sea en la versión de una retirada a la lucha por los intereses privados (el «sálvese quien pueda») o bien en la versión de un regreso a la vida contemplativa («mi reino no es de este mundo»). Pero uno y otro caso no serán más que nuevas versiones del abandono de la vida pública y de nuestro rol de ciudadanos activos, de sujetos (y no objetos) de nuestra propia historia y comunidad.

Es mucho lo que nos jugamos en los «nuevos tiempos difíciles» que se avecinan. Y frente a ellos creo que es preciso **«tomar partido y comprometerse» tanto con los movimientos sociales como con la política institucional**. Se trata –cuando menos– de proteger (y, si es posible, ampliar) el coto vedado de los derechos conquistados, de fraguar alianzas y compromisos diversos entre las diferentes izquierdas sociales y políticas y, en definitiva, de dejar atrás esencialismos estériles, ombliguismos excluyentes, paternalismos indebidos y tacticismos electorales –además de burocratismos y batallas internas por el poder– para **sumar espacios, alianzas y gobiernos de progreso en cada comunidad en que sea posible** (ayuntamientos, Cabildos, Comunidades Autónomas, Estado, Europa) **y con quien sea posible**. Se trata de alimentar –desde lo social y lo político, más allá de los estrechos intereses partidistas y sin «frentismos» innecesarios– todas las miradas e iniciativas de cambio que puedan forjarse. Es lo mínimo que debemos hacer para intentar dar respuesta efectiva a los dolores y sufrimientos de la mayoría social.

NOTAS.

- 1 Joan Subirats, *Otra sociedad. ¿Otra política?*, Barcelona, Icaria, 2011, p. 1 y ss.
- 2 I. Wallerstein y otros, *¿Tiene futuro el capitalismo?*, México, Siglo XXI, 2015, p. 5.
- 3 Juan Manuel Brito, «Dinámicas de los movimientos sociales canarios en el ciclo de cambio. Repensando las fronteras de lo social y lo político», en Juan Manuel Brito (coord.), *La acción colectiva en el cambio de época. Los movimientos sociales en Canarias*, Madrid, Catarata, 2018, p. 52.
- 4 Sobre el fracaso del proyecto neoliberal véase, por ejemplo, Atilio Borón, «Raíces de la resistencia al neoliberalismo», *América Latina en Movimiento*, 19/01/2005 (en <https://www.alainet.org/es/active/7447>).
- 5 U. Beck, *La invención de lo político*, Buenos Aires, FCE, 1998, p. 134.
- 6 Nótese en todo caso que esto presupone un concepto más amplio que el habitual acerca del espacio o ámbito de «lo político», de las actividades y relaciones que conforman «la política» y de las personas que cabe considerar «sujetos políticos». Un modo de resumir esta perspectiva sería recordar aquellas dos sugerencias de Gramsci según las cuales «todos somos políticos» y «todo es político» (Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Juan Pablos Editor, México 1975, p. 32).
- 7 Jürgen Habermas, «¿Hacia dónde va Europa?», *El País*, 18-11-2018, p. 2.
- 8 Parto aquí de la tesis de que -alejándonos de todo esencialismo apriorístico y atendiendo siempre a sus concretas expresiones y actividades históricas- los movimientos sociales pueden ser «prohegemónicos» o «contrahegemónicos» y que, dentro de estos últimos, es crucial diferenciar entre aquellos de carácter «regresivo autoritarios» y aquellos otros de carácter «democrático-alternativos» (véase al respecto Roberto Rodríguez Guerra, «Movimientos sociales: debates y combates desde la sociedad civil. Pluralidad de voces y contienda político-cultural», en Juan Manuel Brito (coord.), *La acción colectiva en el cambio de época. Los movimientos sociales en Canarias*, Madrid, Catarata, 2018, pp.28 y s.).
- 9 U. Beck, *La invención de lo político*, p. 138.
- 10 Como sabemos para A. Gramsci un «interregno» constituía un momento de crisis en el que se da la circunstancia, entre otras cosas, de que «las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían, etcétera. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados» (A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era, 1981, Tomo 2, Libro 3, §34, p. 37).
- 11 Por decirlo de forma resumida: «Es un error –sostiene Richard Seymour («La UE y la “soberanía”», *El Salto*, 19/11/2018, en <https://www.elsaltodiario.com/brexit/richard-seymour-soberania-union-europea>)- pensar en el neoliberalismo como un ‘fundamentalismo de libre mercado’. Aparte de una minoría libertaria, la mayoría de los neoliberales no creen en un mercado desregulado. Creen que los mercados necesitan ser apoyados y protegidos por una actividad estatal expansiva. También creen que la acción estatal está comprometida por la competición político-partidista. Por ello, buscan degradar las instituciones democráticas dentro del Estado y reforzar las instituciones ejecutivas que puedan imponer ‘imparcialmente’ las reglas y los códigos morales de un orden de mercado». Véase también Jorge Rodríguez Guerra, *Capitalismo flexible y Estado de Bienestar*, Granada, Comares, 2001.

12 Véase, entre otros muchos, Bob Jessop, *Crisis del Estado de Bienestar. Hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Santa Fe de Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Universidad Nacional de Colombia, 1999, p. 47.

13 Es ya un lugar común reconocer que las políticas neoliberales, pese a sus evidentes expresiones teóricas previas en la obra de autores como F. von Hayek o Milton Friedman, cobran clara expresión práctica a través del decálogo de reformas políticas (desregulación, privatización, liberalización, disciplina presupuestaria, reforma fiscal, protección de la propiedad privada,...) inicialmente formulado por John Williamson («What Washington Means by Policy Reform») y hoy conocido como el «Consenso de Washington». Tales políticas se han convertido en la ortodoxia económica en el último cuarto de siglo y fueron (y son) recetadas y «aconsejadas» por las principales instituciones económicas (FMI, Banco Mundial,...) y las potencias hegemónicas (EEUU, Alemania,...).

14 Para un acercamiento a los rasgos básicos del postfordismo, así como sus diferencias con el fordismo, véase Bob Jessop, *Crisis del Estado de Bienestar. Hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Santa Fe de Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Universidad Nacional de Colombia, 1999 (especialmente la Primera Parte).

15 Véase, además del ya citado texto de Atilio Borón («Raíces de la resistencia al neoliberalismo»), Jorge Rodríguez Guerra, *Orden liberal y malestar social. Trabajo asalariado, desigualdad social y pobreza*, Madrid, Talasa, 2013.

16 La guerra comercial entre EEUU, China o Europa, la era Trump, el trasfondo del Brexit, la crisis de la Unión Europea,..., constituyen ejemplos paradigmáticos de este movimiento de retorno al proteccionismo.

17 Véanse al respecto las sugerencias de Boaventura de Sousa Santos, *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*, Madrid, Trotta, 2009, p. 560 y ss. Para Sousa Santos este nuevo fascismo en modo alguno es un revival del fascismo de los años 30 y 40 del pasado siglo, pues no estamos ante «un régimen político. Es más bien un régimen social y civilizacional [que] en lugar de sacrificar la democracia a las exigencias del capitalismo, trivializa la democracia hasta el punto que ya resulta innecesario, ni siquiera conveniente, sacrificar la democracia a fin de promocionar el capitalismo». Por lo demás de Sousa Santos distingue cuatro clases de fascismo social: «el fascismo del apartheid social», «el fascismo contractual», «el fascismo de la inseguridad» y «el fascismo financiero».

18 El triunfo de Bolsonaro en Brasil (que, por lo demás, quiere proscribir los movimientos sociales tipificándolos de «terroristas») es altamente sintomático al respecto. Pero recuérdese que antes hemos asistido al ascenso electoral del Frente Nacional en Francia, del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), de Alternativa para Alemania, del Partido por la Libertad en Holanda, del Partido de la Libertad en Austria, de la Liga Norte de Salvini en Italia o, en fin, el ascenso de VOX en España.

19 Un análisis interesante sobre el significado histórico de la austeridad y sus consecuencias económicas y sociales puede encontrarse en M. Blyth, *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, Crítica, 2014.

20 Peter Mair, *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Madrid, Alianza, 2015, p. 35 y ss. (cursiva nuestra) y p. 129 y ss.

21 Véase Garbiñe Biurrun, «Justicia y ciudadanía: el derecho a la independencia judicial», *Contextos*, 14/11/2018 (disponible en <https://ctxt.es/es/20181114/Firmas/22843/Garbi%C3%B1e-Biurrun-Mancisidor-constitucion-tribuna-reforma.htm>).

22 «Afirmar que el CGPJ atraviesa una crisis institucional –sostenía hace poco José María Rueda («The supremes», *Contextos*, 14/11/2018, en <https://ctxt.es/es/20181114/Firmas/22844/consejo-general-del-poder-judicial-justicia-partidos-pol%C3%ADticos.htm>)-) requiere una afirmación similar para todos y cada uno de los órganos constitucionales existentes: Congreso, Senado, Corona, Gobierno, autonomías, relaciones de las entidades locales con el resto de administraciones, Iglesia o confesiones religiosas, partidos políticos (viejos, nuevos y mediopensionistas), sindicatos, etc.».

23 Jürgen Habermas, «¿Hacia dónde va Europa?», p. 3.

24 Véase, además de las diferentes perspectivas que a este respecto nos ofrecen I. Wallerstein, Randall Collins, Michel Mann, Georgi Derluguan y Craig Colhoun en el ya citado trabajo colectivo *¿Tiene futuro el capitalismo?*, las sugerencias de Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017.

25 Jürgen Habermas, «¿Hacia dónde va Europa?», p. 3.

26 Cabe reflexionar, entre otras cosas, sobre si la izquierda ha sido capaz de ofrecer respuestas reales y viables a los problemas sociales y políticos, sobre si no ha pecado de exceso de paternalismo moral y vaciamiento ideológico o, en fin, sobre si sus modelos ideológicos y organizativos son los más adecuados para este nuevo ciclo político.

27 Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda europea, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, p. XVI.



LA COLECTIVA
FUNDACIÓN CANARIA DE PENSAMIENTO CRÍTICO